

Cuando un astro muere...

Benavente 1866 - 1954

Alfonso María Landarech, S. J.

Cuando un astro muere todo se conmueve. Así acaba de suceder con la muerte de D. Jacinto Benavente. Todo el mundo se ha conmovido ante la noticia de su fallecimiento, el 14 de julio pasado. Radios y agencias llegados de los cuatro rumbos cardinales, informaciones de todos los periódicos nos traían a grandes titulares la infausta noticia. El comentario en todas las tertulias y círculos literarios era éste: "Ha muerto el mayor dramaturgo de nuestros tiempos!" Y la infausta nueva llegó a todos los rincones de Europa y América donde habían aplaudido sus comedias. El pueblo de El Salvador, que tan buenos recuerdos guarda de su visita a la Capital, a tono con los que el famoso dramaturgo español conservaba de nuestro país, dió rienda suelta a su impresión, exteriorizándola en los comentarios de las conversaciones y en las columnas de todos los periódicos.

Efectivamente, el día 14 del pasado julio, a las doce y cincuenta de la tarde, en su domicilio de la calle de Atocha de Madrid a donde había sido poco antes trasladado de su finca de Galapar, remanso de quietud en sus últimos años, entregaba el alma a Dios cristianamente, recibidos con toda devoción los últimos sacramentos este insigne hombre de las letras españolas.

Al darse a conocer el fatal desenlace, la Junta Directiva de la Sociedad Nacional de Autores, de la que Benavente era su Presidente honorario, ordenó la suspensión de todos los espectáculos de Madrid en señal de duelo.

A la casa mortuoria acudieron inmediatamente los más destacados escritores y actores residentes en Madrid y numerosas personalidades de la vida oficial e intelectual. Entre ellos figuraban el Alcalde Conde Mayalde, el escritor peruano D. Felipe Sasone, íntimo amigo suyo y que tan oído es en la Radio Nacional de España, el Presidente de la Sociedad de Autores, célebre poeta y dramaturgo Manuel Fernández Ardavín, el asimismo dra-

maturgo Francisco Serrano Anguita y D. Antonio Quintero, el insigne escritor Dr. Puig Leal, en fin, los ministros del Ejército, Teniente General Muñoz Grande y de Información y Turismo, Sr. Arias Salgado y otros muchos.

En su testamento, abierto pocas horas después de fallecido, el ilustre autor reafirma su fe católica y dispone, como se hizo, ser amortajado con el hábito franciscano y enterrado en el pequeño cementerio de Galapagar, pueblo situado a 35 kilómetros de Madrid, donde tenía el célebre dramaturgo su residencia veraniega llamada "El Torreón".

En la República de El Salvador hallé todo esto...

Incansable peregrino, como los héroes de su farándula, Benavente recorrió en sus viajes el mundo entero: toda Europa, Asia, Africa del Norte y varias veces América de norte a sur.

Por El Salvador pasó a fines de 1923 con la Compañía de Lola Membrives.

De esta visita y de sus representaciones vamos a recoger algunos datos, entresacados de los periódicos de esos días y de los que nos han proporcionado las personas que le acompañaron por estas benditas tierras de Cuzcatlán.

La revista ECA conserva un autógrafo de su puño y letra, enviado desde España a petición nuestra para un número extraordinario del 12 de octubre de 1949, en el que resume los recuerdos de su paso por "El pulgarcito de América". Dice así:

"Para mí, quizás por mi condición de autor dramático, lo que más me interesa en los países que visito, antes que los paisajes y progresos materiales, es, los habitantes, su cultura, el agrado en el trato social, su humanismo, en una palabra.

En la República de El Salvador hallé todo esto, lo mismo en las altas clases que en las populares: una sencilla y natural elegancia en expresiones y maneras que ha dejado en mí uno de los más gratos recuerdos de mis viajes por América". (Jacinto Benavente, ECA, Octubre y Noviembre, 1949).

Benavente llegó por estas tierras a mediados de 1923, y se llevó de ellas una impresión inmejorable, porque, además de un gran éxito económico, recibió atenciones por todas partes.

Venía de México con la Compañía de Lola Membrives. A él mismo se le oyó decir en El Salvador: "He escogido a Lola Membrives para ponerla al frente de mi Compañía porque la considero como una de las mejores intérpretes de mis obras".

Lola Membrives, además de ser una gran actriz, era considerada también como una de las mejores cupletistas, y solía regalar al público al

fin de la representación, como un número de fiesta, con alguna de las canciones entonces en boga. En San Salvador puso de moda algunos tangos argentinos como el titulado "Loca" que hicieron gran furor.

Benavente se hospedó en la Legación de España, siendo su anfitrión el entonces Ministro de nuestra nación don Angel de Donesteve y Pérez de Castro, Vizconde de Pegullal.

Se representaron en distintas sesiones: "Los intereses creados", "La Malquerida", "La noche del sábado" y otras. Las obras y la maravillosa interpretación de la Compañía no defraudaron a la expectación que había en el público.

Tuvo también varias conferencias en centros culturales como en la Universidad, en el Ateneo, en el Casino y en la Confederación de Obreros de El Salvador. Todos convienen en decir que Benavente era un conferencista chispeante, de salidas agudas y oportunas, y que sus charlas sobre crítica social estaban impregnadas de ingenio y buen humor. A todas ellas acudió, para usar de la frase consagrada, y en esta ocasión de estricta exactitud, una numerosa y selecta concurrencia.

Tanto en el Casino Salvadoreño, como en la Universidad y en la Confederación de Obreros, después de cada conferencia, se le brindaron recepciones y agasajos. Por otra parte los particulares se disputaban el honor de tenerlo de huésped en su mesa.

Vemos en los periódicos que entre los que le acompañaron a todas partes figuran entre otros: el Dr. Julio Enrique Avila, Dr. Manuel Castro Ramírez, el General D. José María Peralta Lagos, D. Francisco Gavidia, el poeta y dramaturgo D. José Llerena, D. Román Mayorga Rivas, Director del Diario de El Salvador, D. Antonio Ochoa Alcántara, que lo presentó en el Ateneo y de quien leemos una entrevista de ese tiempo en el Diario Latino, el Ing. Pedro Salvador Fonseca, el Dr. César Virgilio Miranda y otros más.

Al tratarse de un autor dramático de la talla de D. Jacinto Benavente, era natural que todos los escritores salvadoreños —yo creo que lo mismo le pasó en otras partes— le quisieron obsequiar sus obras con la esperanza de que fueran leídas por él. Don Jacinto, con el humor que le era característico, dijo que sólo se llevaría las más pequeñas porque tenía terror a pagar exceso de equipaje.

En otra ocasión, como le preguntase D. José María Peralta si conocía algún poeta salvadoreño le contestó que un joven Avila que tenía unos versos muy novedosos. "El poeta egoísta" me ha gustado. He encontrado la poesía del porvenir. Esto sí me lo voy a llevar".

A José María Peralta le dedica este autógrafo que vemos reproducido en Diario Latino (31 de julio, 1945, página a cargo de D. Juan Felipe Toruño):

“Mi distinguido amigo:

Muchas gracias por el envío de su interesante libro “La muerte de la Tórtola”, de tan fino humorismo. A pesar de padecer una afección en la vista y de haberseme prohibido la lectura, no he podido resistir al deseo de leer su libro, una vez empezado, y he tenido en ello un verdadero regalo espiritual. Su afectísimo amigo, Jacinto Benavente. Madrid, julio, 33”.

Trayectoria del astro

Jacinto Benavente nacía en Madrid el 12 de agosto de 1866. Era el tercer vástago del matrimonio formado por Dña. Venancia Martínez y D. Mariano Benavente, uno de los médicos de más fama en Madrid, especialista en puericultura. Conocido por “el médico de los niños”, eran traídos éstos a su consultorio no sólo de Madrid, sino de todos los pueblos a la redonda.

Benavente tuvo siempre a sus padres verdadera veneración. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de San José, y también para su primer maestro, D. Carlos de Miguel, guarda D. Jacinto palabras de aprecio y cariño. “Era hombre bueno y comprensivo” nos dirá de él.

Desde muy niño sentía una afición grande a la lectura. Leía libros de fantasía y de aventuras, y de allí le nacieron las aficiones al teatro. En su casa armó un teatrillo de títeres, a cuyas representaciones atraía a toda la chiquellería del barrio y algunas veces a su madre y algunas personas mayores. Allí se sentía el futuro dramaturgo como en su centro y entre aquellos monigotes y telones que él mismo pintaba se estaba incubando la vocación de lo que había de ser el meollo de su vida.

Desde los 5 años jugaba a comedias, y hasta los últimos días de su larga vida no cesó de escribir para el teatro.

Terminando el bachillerato y dominando ya el francés, inglés, italiano y alemán, ingresa en la Facultad de Derecho de la Universidad Central. La muerte de su padre, y, más que todo sus aficiones literarias, le hacen abandonar su carrera. Comienza a frecuentar tertulias y cenáculos literarios. Se hace amigo de Núñez de Arce, escribe poesías y en 1886 publica su primer libro titulado “Versos”.

Siempre le gustaron a Benavente las tertulias. Se reunía en el café de Lisboa, en la Granja El Hénar, en el café de Levante, en El Gato Negro y en su última época en Marfil.

Por aquellos primeros años mozos visita algunas veces a París y publica sus famosas “Cartas a mujeres” que es el mejor índice de su conocimiento de la psicología femenina. En sus páginas se ha creído ver el germen de varios de los personajes de sus mejores comedias.

Pero sus aficiones son las de actor y autor. Por eso desde jovencito no falta a ningún estreno. Mucho se pudiera decir de su vocación de actor.

“Me hubiera gustado ser actor”, —ha dicho—, y por eso trabajó en muchísimas ocasiones con verdadero cariño en funciones benéficas. Repre-

sentó a las mil maravillas el papel de "Don Juan Tenorio" de Zorrilla, y fue muchas veces el gran intérprete de su "Crispín" de "Los intereses creados", que sabía tan de memoria que no necesitaba apuntador.

Al final de una de estas representaciones un amigo le felicitaba efusivamente de ver un Crispín tan cargado de alhajas y que cambiaba de vestidos en cada acto. Don Jacinto contestó con cierta sorna característica suya: "He querido hacer un alarde de facultades. Tengo 66 años, estoy haciendo la obra sin apuntador, y, por si esto fuera poco, tener que variarme de ropa, y de ropas difíciles, en cada acto, ya supone un dominio de la obra y una buena prueba de mis facultades de actor".

Benavente fue también empresario de circo. De esta época datan "La fuerza bruta" y "Los cachorros".

El interés de estas dos obras estriba en el calor humano de sus personajes, seres arrancados de la realidad para deleitarnos en el tinglado de la farsa. Tal sucede sobre todo en "La fuerza bruta", retrato fiel de la vida bohemia de los artistas de circo, en que para ser más real todos los personajes extranjeros se expresan mal en castellano, y en que el interés de la obra viene más bien determinado por la profunda filosofía que desgranar una Nell y una Sor Simplicia. Hay escenas muy tiernas como la despedida en el hospital de los compañeros y luego la de Nell y Bob que se llevan consigo a Fred, el acróbata inutilizado de una pierna.

Nell quizá tuvo su original en la "Bella Geraldine" trapecionista de su circo y que un buen día, después de quedarse por América, se la vuelve a encontrar Benavente en una función de circo en La Habana.

Hacia el cenit de la dramática

Benavente presenta por primera vez a la escena "El nido ajeno" que es estrenada en el Teatro de la Comedia la noche del 6 de octubre de 1894.

El argumento de esta comedia está inspirado en "El gran galeote" de D. José Echegaray. Claro que con una orientación nueva, en que ya se apunta una renovación del teatro.

Tiene Benavente 28 años. Dos más tarde se da a conocer con "Gente conocida". Después siguieron sin interrupción: "El marido de la Téllez", "Don Juan", traducción de otra de Moliere del mismo nombre, "La farándula", "La comida de las fieras". "Teatro feminista", "Cuento de amor", "La gata de Angora", "Viaje de Construcción", "Por la herida", "Modas", "Lo cursi", "Sin querer", "Sacrificios", "La gobernadora", "El primo Román", "Amor de amar", "¡Libertad!", traducción del catalán de Santiago Rusiñol, "El tren de los maridos", "Alma triunfante", "El automóvil", y "La noche del sábado", que al ser estrenada en el Teatro Español, la noche del 17 de marzo de 1903, lo consagra como uno de los dramaturgos mejores del mundo entero.

Después de otros muchos estrenos, algunos de verdadera calidad como "El hombrequito", "Al natural", "El dragón de fuego", "La princesa bebé",

"Rosas de otoño", "Los malhechores del bien", "Más fuerte que el amor", "El amor asusta", "Los buhos", "Todos somos unos", "Los ojos de los muertos", y algunas más, aparece en escena "Los intereses creados", comedia de tesis, la más conocida quizá de Benavente, en la que se pretende probar que para conseguir una cosa, mejor que crear afectos es crear intereses.

Leandro y Crispín, dos aventureros, van huyendo de la justicia y llegan a una ciudad. Crispín, el prototipo del pillo, se finge criado de Leandro y logra interesar a un poeta, Arlequín, y a un capitán. Luego interesa a doña Sirena, señora venida a menos pero de gran influjo social, y logra que ésta interceda ante Polichinela a fin de conseguir la mano de su hija Silvia para Leandro. Silvia que en una fiesta dada en casa de doña Sirena se ha enamorado de Leandro, huye a casa de ésta donde se hallan los aventureros. Llega la justicia y Crispín plantea la situación comprometida para todos y les hace ver que todos saldrán perjudicados, si los llevan a la cárcel y Silvia no se casa con Leandro. A Polichinela se le presenta el problema de haberse encontrado a su hija juntamente con Leandro. Tal es la serie de intereses que ha creado el astuto de Crispín. Polichinela se ve obligado a ceder. Crispín dice al fin esta frase que es la tesis que se ha pretendido probar: "Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos, es crear intereses".

En esta comedia se muestra Benavente gran observador y profundo conocedor del corazón humano. Bastaría hacer un examen psicológico de sus principales personajes: doña Sirena, Crispín, Leandro, Polichinela, Silvia.

Al año siguiente (1908) se estrenaba "Señora Ama", la obra preferida de Benavente. El 1916 triunfa en toda la línea "La ciudad alegre y confiada", continuación de "Los intereses creados". Al terminar la representación, D. Jacinto fue conducido en hombros hasta su casa por sus fanáticos admiradores, y, una vez allí, la multitud que llenaba la calle de Atocha le obligó a que saliera al balcón, acompañado de su madre. La ovación fue estruendosa. Siempre recordó esa noche como la más apoteósica de su vida de dramaturgo. Durante mucho tiempo no se habló de otra cosa en España entera.

El 1912 ingresaba en la Real Academia y el 1922, cuando recorría por segunda vez estos países americanos camino de Chile, recibía el máximo galardón de un literato: el Premio Nobel de Literatura. Aún viajó por tercera vez por este continente, el 1945 con la misma compañía de Lola Membrives, habiéndose estrenado en Buenos Aires "Titania" y la tragedia "La Infanzona", constituyendo un extraordinario triunfo.

A su regreso apoteósico a Madrid, dió una conferencia en el Ateneo, en que, con modestia digna de encomio, definía su personalidad con estas palabras: "En mi vida he podido ser mejor o peor escritor. He hecho lo que he podido dentro de mi vocación y mis facultades. He podido cometer errores, faltas, torpezas. No me santifico. Entregué todos mis defectos y mis faltas a la maledicencia, pero por encima de todo he sido siempre español, y mi gloria y mi orgullo han sido ser español". Y eso es su teatro, españolísimo.

Ultimos fulgores y su gloria

Benavente es en la historia de nuestro teatro lo que El Fénix de los Ingenios para la Edad de Oro Española. Benavente sigue influyendo en toda una generación de dramaturgos hasta crear una nueva fórmula de teatro con un acervo de obras que se han paseado triunfantes por toda España y América.

El 1894, en que se estrenaba "El nido ajeno", comienza esta revolución. El teatro irreal y fingido, rémora del romanticismo, que envolvía en vanas retóricas las doctrinas disolventes del socialismo, se cambia en una representación vivida, tomada del natural. Su forma deja de ser declamatoria, abandona el verso, y su diálogo se torna cortante, agudo, tajante, como un símbolo de la vida moderna, chispeante, lleno de garbo y gallardía. Su dicción se hace bella, limpia, transparente, como el riachuelo que va besando guijarros. Los temas son los problemas del día, nada de rebuscamientos; la sencillez misma. El público aplaude su vida retratada en las tablas. Las personas no son ya de alto rango, sino de la clase media, lo común y corriente, personas normales, que nos hablan de sus casos y de sus cosas. Un autor dramático es para su época el reflejo de la sociedad en que vive.

Así va produciendo con fecundidad asombrosa cada año dos o tres obras. Y se van estrenando sucesivamente: "Lo increíble", "Aves y pájaros", "...y amargaba", "La culpa es suya", "Nieve en mayo", "La ciudad doliente", "Don Magín el de las magias", "El demonio del teatro", "La honradez de la cerradura", "La infanzona", "Titania", "Al fin mujer". "Al amor hay que mandarle al colegio", "La enlutada", "La malquerida", "La amante esposa", "La vida en verso", "El marido de bronce". En todas ellas pone Benavente toda su fibra de artista y toda su alma.

Por otra parte su diálogo dramático es simplemente magistral. "Cuando quiere conseguir un diálogo realista, como en "Señora Ama", da una verdadera lección de lo que es la realidad depurada por el arte", ha dicho el máximo representante de la crítica española actual Nicolás González Ruiz.

Esta claridad, al menos en lo sustancial le ha mantenido en toda su producción que alcanza a 168 obras teatrales. No existe género teatral que no haya cultivado con plena maestría. En la última fase de su obra ha dado una constante lección de gracia en una serie de preciosas comedietas de entretenimiento en que se muestra su fino talento y dotes de observador nada comunes.

Terminamos esta larga letanía de sus obras con unas palabras suyas: "Escribir con nervios, con lágrimas, con toda el alma de muchas almas, es eso: dar la vida".

Y así la ha dado él a la humanidad y a su Hacedor en su obra y en su cristiana muerte.